

contra los otros; pero no llegó el caso de hacerlo, porque sucumbieron él y su hermano por mano del mismo Alboino, quedando en el campo la mayor parte de su gente. Fué esta una de las batallas mas sangrientas que se vieron en aquel largo período de movimiento, traslaciones y colisiones de pueblos y razas enteras; los contemporáneos la compararon con la gran batalla contra los hunos en las llanuras de Chalons, y parece que quedaron muertos en el campo segun unos 40,000 y segun otros 60,000 combatientes. Con esta batalla acabaron para siempre el reino y el pueblo gépido en el año 567; porque los pocos que sobrevivieron fueron repartidos por los longobardos como esclavos. La hija de Cunimundo, Rosimunda, pasó á ser de grado ó por fuerza esposa del matador de su padre, el rey Alboino. Algunos pocos gépidos pudieron escaparse y pasar á Constantinopla, entre ellos Reptila sobrino de Cunimundo con el tesoro del rey; los que quedaron en el país fueron propiedad junto con este de los avares, entre los cuales desaparecieron.

Los bizantinos, como en su tiempo Tácito, se regocijaron al ver que la furia fratricida de los germanos les había des- embarazado de otro pueblo.

CAPITULO III

LOS RUGIOS, ESCIROS Y TURQUILINGOS

Estas tres tribus germánicas se citan casi siempre juntas y por primera vez como establecidas en la desembocadura del Oder á orillas del Báltico, de donde fueron arrojadas segun tradicion por los godos. El siglo v las encuentra á orillas del Danubio formando parte del vasto reino huno y figurando por supuesto en el ejército de Atila, bien que bajo sus caudillos naturales. Allí cita Sidonio Apolinar á los rugios mandados por su rey propio. Disuelto el imperio huno, continuaron los rugios, esciros y turquilingos en las tierras del Bajo Danubio, donde se esforzaron como los suevos y otras tribus por resistir al creciente poder de los godos. Sobre los reyes de los rugios á fines del siglo v nos da algunos datos Eugipo en su «Vida de San Severino». El rey rugio Flacciteo, deseoso de participar del botin que alcanzaban otras tribus de la cuenca del Danubio con sus invasiones en territorio romano, solicitó de los caudillos godos permiso para pasar con los suyos por su territorio romano; y como le fuese denegado, temió verse atacado y acaso muerto por los godos, mas numerosos y celosos de apartar á todo competidor de la mina que ofrecían á su codicia las provincias romanas. Gozaba de gran influencia sobre el rey rugio San Severino, hombre verdaderamente superior y aun pudiera decirse genio extraordinario, el cual con su talento y sus vastas relaciones comprendía las circunstancias confusas en que vivía, tan perfectamente y de un modo tan claro, que sus vaticinios y consejos salían siempre acertados. San Severino asombraba igualmente á la poblacion romana, angustiada por las correrías de los bárbaros, y á estos mismos que comprendían aun menos las maravillosas predicciones del santo. Este consoló, pues, al rey que aterrorizado esperaba á cada momento verse atacado y aniquilado por su atrevimiento, y le prometió que muy pronto desaparecerían los godos de aquel país, dejándole libre el campo, y que tendría un reinado feliz si en todo seguía sus consejos y especialmente si dejaba en paz á sus vecinos. En efecto sucedió lo que el santo había previsto, y el rey acabó sus días pacíficamente. Su hijo y sucesor Feleteo (llamado tambien Feva) respetaba al santo como había hecho su padre, pero su malvada esposa Gisa le apartaba á menudo de sus propósitos bondadosos y pacíficos para con las poblaciones romanas continuamente expoliadas, y cuya

proteccion era uno de los principales cuidados de San Severino. Su solícita intervencion en favor de los católicos, á quienes la perversa reina quería hacer bautizar segun el rito arriano, y en pro de los infelices habitantes á quienes los rugios robaban para llevárselos como esclavos, fué rechazada por aquella reina con malas palabras, diciéndole que se cuidara de sus oraciones metido en su celda y dejase hacer á los reyes lo que quisiesen con sus esclavos. Severino contestó que Dios pronto la obligaría á ser humana, y en efecto, el mismo día los prisioneros aurífices, á quienes la reina hacia trabajar duramente en la construccion de joyas para el rey, se apoderaron de su hijo Federico, que impulsado por su curiosidad infantil había entrado en el taller, y amenazaron que le matarian y despues se darian la muerte á sí mismos, si álguien se acercara á ellos sin asegurarles primero la vida y la libertad con juramento solemne. La reina impía conoció que este era el castigo de Dios que el santo le había pronosticado si despreciaba sus avisos, y rescató al muchacho cumpliendo con la exigencia de los aurífices. Además de esto habla el reducido escrito de Eugipo de varios acontecimientos que en vida de su protagonista ocurrieron en los países del Danubio; como la retirada de las últimas guarniciones romanas, y las incesantes devastaciones que suevos, rugios, hérulos, alamanos y turingios perpetraron á porfía en los territorios abandonados, saqueando y destruyendo ciudades é iglesias. En medio de estos horrores, nos presenta el autor al piadoso y sabio Severino, esparciendo por donde pasaba bendiciones, auxilios, paz y consuelo, curando enfermos, fundando conventos y ermitas de anacoretas, exhortando á los alamanos paganos como á los rugios arrianos á tener caridad, solicitando el diezmo para los pobres, avisando á las poblaciones romanas cuando los bárbaros fraguaban alguna sorpresa, intercediendo por ellas con su poderosa dialéctica, y aprovechando su influencia con los caudillos solo para los desgraciados, jamás para sí; todo esto sin estar revestido de ninguna dignidad ni civil ni eclesiástica, solo por la fuerza de su fe y méritos personales.

Siguiendo el consejo de este santo, los habitantes de muchos puntos amenazados de estas frecuentes sorpresas se habían refugiado en la ciudad de Lorch, huyendo de las asechanzas del rey rugio, el cual aparentando quererles proteger contra los turingios y alamanos, pretendía en realidad llevárselos como botin vivo. Viendo el rey que no entraban en la trampa, resolvió coparlos de una vez en Lorch, á cuyo fin marchó hácia esta ciudad con grandes fuerzas. Severino á petición de los habitantes salió al encuentro del rey para hacerle desistir de su empresa recordándole el feliz reinado que su padre había tenido porque siempre había seguido sus piadosos consejos. A esto le contestó el rey: «¿Seré yo tan tonto que abandone toda esta gente á los feroces alamanos y turingios para que los roben, los maten ó se los lleven como esclavos cuando me sobran ciudades y castillos donde meterlos?» A lo cual le replicó el santo: «Si hasta hoy han salido ilesos de muchos ataques, no ha sido ciertamente porque tus flechas, espadas y brazos humanos los hayan preservado, sino por la voluntad de Dios.» El final fué que el rey se retiró con su ejército, y mediante cierto grado de sumision se libraron los infelices de ser llevados á la durísima esclavitud de los rugios, quedando San Severino encargado de ellos por orden del rey. Antes de morir el santo, pidió ver todavia una vez á los regios consortes á quienes exhortó á gobernar á sus súbditos con la constante idea de que de todo habrían de dar algun día cuenta á Dios. A la reina en particular habló con suma franqueza. Habiale visitado tambien, segun era costumbre, el hermano del rey, Ferderuco, cuando se instaló en la ciudad de Faviana (hoy Mauer)

junto á la cual vivía el santo, y que su hermano le había cedido probablemente como señorío para gobernarla en su nombre y vivir de sus rentas. San Severino, que veía aproximarse su fin, le amonestó con la amenaza del castigo divino, á que no pusiera la mano despues de su muerte sobre los recursos y bienes de la iglesia, reunidos por él para socorrer á los enfermos y prisioneros. Así se lo prometió Ferderuco solemnemente y no faltó tampoco á su promesa mientras vivió el santo; pero apenas hubo pasado á mejor vida, cuando el príncipe, tan pobre como impío, robó todo cuanto encontró, las ropas destinadas á los pobres y todo lo demás, dejando del convento de Faviana solo las paredes desnudas. Un mes despues fué asesinado por su sobrino Ferderuco, en cuyo crimen todos vieron cumplido el castigo con que el santo le había amenazado.

Este asesinato debió de ser causa de divisiones interiores, y ciertamente lo fué de la ruina y desaparicion del reino y pueblo rugio, porque sirvió de pretexto á Odoacro para intervenir y declarar la guerra á los rugios. Hízola con tanta suerte, que se llevó al rey Feva con su reina á Italia, echó al príncipe Federico del país, y cuando volvió le hizo arrojar por segunda vez por su hermano Onulfo. Federico se refugió al lado del rey de los ostrogodos á quien acompañó á Italia en su campaña contra Odoacro, para abandonarle despues pasándose á los romanos por motivos que no se saben. Onulfo, asistido por un jefe romano llamado Pierio, fué por orden de su hermano en busca de los habitantes romanos de los países que baña el Danubio para restituirlos en 488 á Italia, lo cual celebraron todos como la salvacion del yugo de los bárbaros anunciada por San Severino cuando vivía.

CAPITULO IV

EL REINADO DE ODOACRO.

Odoacro, que acabó con el imperio de Occidente, y llegó á someter á su dominio la Italia, donde fundó su efímero reino muy diferente del de Teodorico su vencedor y sucesor, era probablemente hijo de la tribu de los esciros, la cual con los rugios y turquilingos se trasladó desde las orillas del Báltico al Danubio, donde fué sometida como sus vecinos por los hunos, y figuró como estos en el ejército de Atila en el año 451. Destruído el poder huno, se establecieron los esciros en 453 en la Mesia Baja al lado de las tribus alanas. En vano trataron allí en combinacion con los rugios y otros vecinos de oponerse á la creciente preponderancia de la raza goda, guiados por dos caudillos suyos, Edica y Wulfo. Un autor anónimo, el del *Valesio*, que es el que mas enterado parece de los sucesos de aquel tiempo, dice que Odoacro era hijo de este Edica. La «Vida de San Severino» refiere que: «á San Severino se presentaron un día bárbaros para pedir su bendicion antes de emprender una excursion á Italia. Entre ellos se hallaba Odoacro que despues fué rey de este país, jóven entonces y muy gallardo, bien que pobremente vestido.» De este pasaje, en el cual se menciona solo accidentalmente á este personaje histórico, se infiere que no podia ser hijo de ningun reyezuelo de su tribu, porque por poco que estos caudillos se distinguiesen de su pueblo, siempre se habría mencionado su cuna y calidad privilegiada. Tambien la habría sabido por otra parte Procopio, que dice en un punto de su historia: «Entre estas tropas auxiliares figuraba tambien un piquero del emperador, un tal Odoacro.» Cuando al entrar en la ermita de San Severino este vió que el jóven había de bajar la cabeza para no tocar al techo, le predijo el santo que le aguardaba mucha gloria en el país al

PUEBLOS GERMÁNICOS Y ROMANOS

cual se dirigía, y le despidió con estas palabras: «Vé á Italia; ahora cubren tu cuerpo pieles rudas y ordinarias, pero pronto repartirás abundantes dádivas á mucha gente.» Cuando Odoacro se hubo elevado al trono, se acordó de esta profecía é invitó al santo á que le pidiera un favor; el santo le pidió amnistía para un desterrado.

Resulta de todo esto que Odoacro llegó á Italia, donde tomó servicio en el ejército imperial, como simple guerrero, con otros compañeros, esciros, alanos y godos; y véase lo que pasó segun Procopio: «A medida que adquirieron importancia los bárbaros en el ejército y en general en el imperio, perdieron la suya los guerreros romanos. Los bárbaros, bajo el bonito nombre de confederados ó aliados, tiranizaban á todo el mundo, y despues de infinitas exacciones acabaron por pedir el reparto de todo el territorio de Italia entre sus individuos. Despues exigieron de Orestes, padre del jóven emperador Rómulo Augústulo, que les diera siquiera la tercera parte de las tierras, y cuando rechazó su pretension, le mataron. Entonces salió uno de ellos, llamado Odoacro, prometiéndoles cumplir con su deseo si le ayudaban á subir al trono. Así lo hicieron, y una vez nombrado rey asignó al emperador destronado una cantidad de 6,000 sueldos y le dejó vivir en paz como simple particular. A los bárbaros les repartió la tercera parte de las tierras, con lo cual ganóse su favor y pudo reinar diez años.»

Pocos son los datos que tenemos sobre su reinado. Conociendo muy bien lo precario de su posicion, procuró, ante todo, dar un barniz de legitimidad á su dominio y mejorar su situacion respecto del pueblo italiano, del senado de Roma y del emperador de Oriente, segun se desprende de la siguiente relacion de *Malchus* (Malco): «Cuando Augusto, el hijo de Orestes, supo que Zenon había recuperado el trono del imperio de Oriente, expulsando á Basilisco, obligó al senado á enviar al emperador una embajada para declararle que los italianos no necesitaban un emperador especial; que un solo emperador bastaba para ambas mitades del imperio; que conforme con este pensamiento el senado había elegido á Odoacro, persona muy capaz como hombre de Estado y de mando, para proteger el Occidente, y que en su consecuencia rogaba al emperador, que concediera á Odoacro la dignidad de patricio y la administracion de Italia. Nombróse una comision del senado que pasó á Constantinopla para presentar esta solicitud; pero al mismo tiempo llegaron tambien á la corte imperial mensajeros de Nepote, para felicitar á Zenon con motivo de su restauracion y rogarle al propio tiempo que auxiliara á su amo con dinero y tropas para recobrar su trono, alegando que Nepote había tenido la misma desgracia que Zenon y se había visto obligado á dejar su residencia de Rávena, huyendo de Orestes á Dalmacia. Sobre esto contestó Zenon á los embajadores del senado: que el imperio de Oriente ya les había dado dos emperadores, de los cuales habían expulsado á uno, á Nepote, y muerto al otro, es decir Autemio. A la sazón les tocaba á ellos ver lo que convenia hacer, porque existiendo todavia uno de estos dos emperadores, exigía el decoro llamarle otra vez y reinstalarle en su puesto. A los enviados especiales de Odoacro contestó que su amo debía dirigirse al emperador Nepote para solicitar de él la dignidad de patricio; y que él se la otorgaría si Nepote no se apresuraba á conferírsela. De paso alabó á Odoacro por haber empezado á proceder á la manera de los romanos, por lo cual esperaba que reinstalaría tambien á la mayor brevedad al emperador Nepote, si es que quería obrar con rectitud, tan luego como este le hubiera investido de la dignidad que solicitaba. En la carta que decia esto, trataba el emperador á Odoacro ya de patricio. Así auxilió Zenon á Nepote, porque se acordaba de su propia é idéntica des-

gracia, y en parte también á instancias de su suegra, la emperatriz Verina, pariente de la esposa de Nepote.»

Vamos ahora á analizar esta interesante relacion. De ella se desprende desde luego que el jóven emperador destronado, Rómulo Augústulo, era un simple instrumento en la mano de Odoacro para hacer ver que el mismo emperador y el senado eran los que deseaban abolir la dignidad imperial en el Occidente, á cuyo fin abdicaba voluntariamente el primero en apariencia á favor del emperador de Oriente, pero en realidad á favor de Odoacro. Así creia legitimarse este último, y para apoyar sus pretensiones, diciéndose empleado y sustituto del emperador, envió á Zenon los ornamentos imperiales del palacio. Lo que el aventurero queria era asegurarse la posesion de su presa, fuese bajo un título ú otro. Respecto de los germanos no entendia ser representante del emperador sino rey, cuyo título habia tomado ya antes de la muerte de Orestes. Quiso ser lo que despues fué Teodorico; pero su plan no tuvo el éxito que deseaba.

Zenon no se dejó engañar con la promesa de una soberanía nominal sobre el Occidente para conceder la efectiva á un bárbaro; y haciendo caso omiso de la abdicacion de Augústulo, solo reconoció como autoridad suprema de Italia á Nepote como instalado por el gobierno de Constantinopla; y para dejar una puerta abierta, cumplió el deseo de Odoacro á medias, dándole el tratamiento de patricio en su carta, en lugar de enviarle el título en regla con las insignias, á fin de obrar luego segun las circunstancias. Odoacro hubo de renunciar á ser reconocido como autoridad legítima de Italia; pero quizá para recomendar al emperador atacó y mató despues al gobernador ó *comes* Ovida en Dalmacia, el asesino de su rival Nepote. Todo fué sin embargo inútil: á la primera ocasion favorable mandó contra él el emperador á Teodorico que despues de una heróica resistencia le quitó la corona y la vida.

Durante su reinado habia tratado Odoacro de vivir en buena armonía con los pueblos germánicos limítrofes, porque la falta de estabilidad de su dominio no le permitia una política agresiva, excepto contra los rugios que no tenian ni fuerza ni importancia. A los visigodos dejó las provincias que Nepote les habia abandonado en el Mediodía de la Galia. De los vándalos obtuvo que renunciasen á sus devasaciones periódicas en la isla de Sicilia mediante un tributo. Al presentarse Teodorico, llamó Odoacro á su auxilio á los hérulos, borgoñones y gépidos; mas de nada le valieron, ni tampoco su valor tenaz, ni su voluntad y perseverancia de hierro, contra el superior talento y grandes fuerzas de su enemigo y contra la desercion de los italianos.

El estado interior de Italia en tiempo de Odoacro correspondió á las circunstancias que concurrían en sus tropas, que no siendo mas que hordas bárbaras y mercenarias de diferentes procedencias, lograban todo lo que querian ó se amotinaban. Quisieron una tercera parte de las tierras y se les satisfizo sobre la base de las disposiciones romanas respecto de colonias militares, y las de los emperadores Arcadio y Honorio respecto de alojamientos, segun las cuales estaban obligados los propietarios urbanos á poner á disposicion de la tropa alojada la tercera parte de su casa; prueba de ello es que cuarenta años despues ensancharon Teodosio II y Valentiniano III estas mismas disposiciones, y un siglo despues las admitió Justiniano hasta en su código.

Odoacro, satisfaciendo las exigencias de sus tropas, las estableció diseminadas sobre una gran parte de Italia, donde en medio de la poblacion italiana se gobernaban segun la jurisprudencia, costumbres y usos germánicos, sin formar por esto una nacionalidad, aunque todos ó la mayor parte procedían de tribus godas. De la poblacion romana no hay

que hablar, pues continuando vigentes sus instituciones, leyes, dignidades y administracion en el reino ostrogodo, con mayor razon debian funcionar segun su tradicion en el de Odoacro como anterior á aquel; y respecto de la posicion de este último, es tambien natural fuese análoga ó idéntica respecto de ambas nacionalidades á la de sus sucesores. La distribucion de las tierras y todas las demás leyes, edictos, decretos y constituciones debian publicarse siguiendo las fórmulas del imperio; la justicia, tanto la germánica como la romana, es natural se hiciera en su nombre. El cobro de contribuciones, en especial la territorial, corria á cargo de italianos; Odoacro nombraba aquellos funcionarios, y sobre todo desde 480 elegia tambien los cónsules de cada año que antes eran elegidos por los emperadores, los jefes de ejército y quizás los jueces de los germanos. El jefe supremo de las tropas era Odoacro, el cual obligó tambien al servicio contra los rugios y los ostrogodos á sus súbditos italianos.

Ya hemos explicado sus relaciones con la Iglesia católica al hablar de los reyes ostrogodos; aquí solo añadiremos que la Iglesia ortodoxa reconocia en el arriano Odoacro uno de sus principales apoyos, gran amigo y admirador de San Severino y de San Epifanio de Pavia, que logró del rey exencion de contribuciones y amparo contra la opresion del prefecto del pretorio Pelagio en Pavia; mas no por esto dejó de haber sus disensiones con la cabeza visible de la Iglesia. Su reinado fué demasiado corto para organizaciones nuevas; ni él tenia tal vez el talento de su sucesor Teodorico, que por lo demás era mas bien conservador que creador; y por otra parte, no tenemos bastantes noticias para juzgar de su actividad en este concepto. Respecto de sus súbditos germánicos no sabemos nada; de asambleas populares ó reuniones de hombres de armas no se encuentra ninguna noticia, y es probable que Odoacro limitara en lo posible todas estas manifestaciones de soberanía popular, vigorizando en cambio la disciplina y su autoridad soberana. Su residencia era Rávena donde se construyó un palacio. Lo que sí consta es la fidelidad á toda prueba que en la desgracia le guardaron sus funcionarios y el ejército que no abandonaron al héroe en su lucha desesperada, y con él cayeron sus parciales mas allegados. Le faltaron las bases, una nacion; el reconocimiento del emperador y el afecto de los italianos. Así resultaba su reino una creacion atrevida en terreno movedizo. Sus tropas eran simples mercenarios y no súbditos, y esto explica el carácter incompleto, falto de organizacion, fragmentario, tumultuoso y provisional del reinado de Odoacro. Era un rey militar aventurero.

Para suplir los lazos naturales de una nacion procuró Odoacro ganarse el afecto de sus parciales con una liberalidad excesiva, con la cual disipó los bienes de la corona en poco tiempo; y concluidos que fueron, echó mano de las propiedades de sus súbditos italianos ricos, lo cual naturalmente le atrajo nuevos enemigos y odios. Lo mas característico es, que estos abusos brutales forman la mayor parte de las escasas noticias que tenemos sobre este reinado. Así dice Enochio: «En nuestro pais pasaba miseria el ladrón (Odoacro), aunque enriquecido continuamente por sus robos diarios. Derrochaba todo lo que tenia, y en lugar de aumentar su tesoro con los ingresos del gobierno, lo hacia por medio del saqueo. Este amo que se iba empobreciendo provocaba la mas feroz codicia en sus secuaces, no ganando tantos afectos como fuerzas iba perdiendo en su fortuna que quedaba siempre exhausta. La miseria reinaba en su corte devorando los bienes de los particulares, y á medida que se evaporaban sus tesoros, desaparecia el celo de sus servidores.»

Teodorico tambien menciona repetidas veces la penuria y el sistema esquilador de su predecesor, diciendo de un funcionario de este: «Practicaba economías cuando nadie castigaba la codicia, porque segun el modo de pensar del amo ó se atropella el derecho ó se es virtuoso.» Hablando de la penuria de Odoacro, dice en otra parte: «Opilio entró al servicio de la corte (de Odoacro) en tiempos aciagos. Le correspondia ganar mas, si entonces el mérito no hubiese sido víctima de la mezquindad mas avara. ¿Qué podia dar un donador tan indigente?»

Una casualidad ha hecho conservar el acta de una de las donaciones de aquel rey tan escaso siempre de recursos. El agraciado es Pierio, aquel gobernador probablemente que se llevó los romanos de la Nórica (la tierra de los rugios) á Italia. Esta donacion por lo menos estuvo bien empleada, porque el favorecido, hombre fiel, sacrificó su vida por su rey diez y siete meses despues de la donacion, en la batalla que se dió á orillas del Adda. Este interesante documento es una prueba de que el derecho romano y su administracion seguan en vigor, y nos permite además echar una mirada sobre el tan oscuro reinado de Odoacro.

Comparado con su sucesor se ve que ninguno de los dos supo conquistarse las simpatías sinceras de los italianos, ya por ser ambos arrianos y bárbaros, ya por ser usurpadores. Ambos eran mirados por el emperador de Oriente como

tales, y de consiguiente como hombres á quienes convenia expulsar á la primera ocasion favorable, bien que en atencion á las circunstancias excepcionales reconoció á ambos, á Teodorico formalmente, y á Odoacro de un modo ambiguo.

La diferencia entre ambos consistia en que Teodorico era rey nato de un pueblo germánico, como vástago de una antigua familia venerada de su raza que le estaba adicta y le sostenia en la prosperidad como en la desgracia. Además habia llegado á Italia por orden del emperador para libertar al pais de un usurpador; su posicion estaba solemne aunque nunca sinceramente reconocida, y su dependencia de Constantinopla nunca fué claramente definida; mientras Odoacro habia derribado al emperador legítimo en un motin de soldadesca; y aunque tratado de patricio, jamás se le habia dado el título como tal, ni mucho menos el de rey, y todos los escritores y documentos de su tiempo como los posteriores le tratan como usurpador, aventurero y dueño ilegítimo.

Jordanis habla de Teodorico como rey y restaurador de la legitimidad en Italia, y la corte de Constantinopla le trató de usurpador cuando creia haberle vencido. De ahí que Odoacro fuese tan odiado de los italianos que Roma le cerrara las puertas cuando le vió volver fugitivo, mientras su sucesor, gracias á su gobierno provechoso, siquiera pasajera-mente, cambió el odio de la poblacion romana en gratitud.